

ALCANTARA 28
ESCRITOR MAESTRO

PEDRO ROMERO MENDOZA



A muerte de los amigos que compartieron con nosotros inquietudes, ilusiones y haceres espirituales en esa hora de la juventud en que tanto se acrisolan los recuerdos, nos acusa de una situación inequívoca: nuestra vejez cierta. Contamos ya, inversamente, en marcha atrás, no los años que hemos cumplido, sino los menos que nos quedan para seguir aquel inexorable camino. Menos mal, si la senda del vivir la fuimos matizando de sencilla pero noble sementera.

Así fue, con valía desde el inicio regidora, la vida y la obra de este gran amigo ido con precipitación inesperada de un accidente desgraciado. Sus capacidades sobresalientes, sus ponderaciones de juicio y determinaciones, sus amigos de entonces que estábamos vacilantes en nuestras aspiraciones, seguimos sus directrices confiados y admirados, tanto del acierto de sus enseñanzas, como de la bondad y modestia con que las otorgaba. Entre los entonces inquietados por ilusiones literarias le hicimos sitio preferente; nos complacía admirarle.

Sus preferencias de labor fueron el ensayo y crítica literaria. Para ello, no se adentró en embarazosas filosofías sobre pensamientos de posibles, duales contenidos, ahondó—poniendo en ello el fino cincel de su estilo y la perfección de su construcción gramatical adocrinadora— en los sentimientos, alquitarando de ellos atinadas consecuencias, porque, en este menester, era regalía su exquisita sensibilidad. Aquellos ensayos, sobre «El idealismo y realismo del Quijote», escritos en la veintena de sus años, no fueron disección de una obra poética, sino el estudio valorativo para su mejor comprensión, de una antagónica concepción de la vida y el pensamiento, sin embargo de que ese antagonismo figurado, más bien resultaba complementario en el análisis del vivir de aquel entonces, que lo es asimismo en el de ahora, y, ese es, entre otros, el fundamental acierto que da a la obra perenne vigencia.

Más tarde, ya muy cuajado en formación literaria y filológica a fuerza de ansiosas lecturas, ha hecho crítica serena, más bien obser-

vación valorativa de algunos autores, pero sin acritud, con la ecuanimidad a que propendía siempre su propio bien pensar, prefiriendo destacar lo mágico y amable. Y si en algún caso su labor crítica tenía humildemente una tilde corregidora, era como el agrídulce grato del limón, tan saludable para el cuerpo, como su postura de nobleza lo era para lo criticado por lo que tenía de aleccionador consejo y comprensión.

Récientemente, aunque como consecuencia de apretada labor de más de una docena de años, ha visto la luz una obra extensa e intensa, de gran profundidad analítica y aciertos, sobre el Romanticismo español, destacando y valorando la época lírica por excelencia. La obra, en tres tomos, es un regalo de estilo; sugestivo, deleitante, y nos ilustra minimizando factores y detalles de cuanto se hizo belleza literaria en un período de tiempo en el que, las delicadas expresiones del alma, alcanzaron luminoso cénit. Su mérito singular ha quedado reconocido por la Real Academia Española, concediéndole el premio «Cartagena».

Hombre introvertido, fundamentalmente austero, consagrado a los deberes del hogar y familia, y, como expansión de la fuerza ingente de su espíritu a esas expresividades literarias, que habrían alcanzado aún mayor y justa fama, con méritos positivos —sobre la garrulería de los valores prefabricados hoy tan padecidos—, si las hubiese destinado a prestigiosas editoriales, que por sus organizaciones y ámbitos comerciales y propaganda, dan ancho mercado a las producciones. Su gran modestia coartó lo que debieron ser sus ponderadas valoraciones, y ello constituyó, por consecuencia, su gran defecto.

Irradiante de bondad para con todos, constante efusión y rendimiento a la amistad, propicio siempre a destacar y elogiar los valores de sus amigos, poniendo niebla de sencillez a los suyos.

Quede para su obra lo mejor de nuestras admiraciones. Tanto y más para las exquisitas calidades afectivas de su persona, con el ancho y hondo recuerdo de una amistad de muchísimos años, toda la parábola de nuestra juventud a ya nuestra vejez. Descanse en la paz y gloria merecidas.

EDMUNDO COSTILLO MARIN

Santander, 1969.

INCITACIONES

LA LECTURA

En memoria del maestro don Pedro Romero Mendoza, que fue un gran lector.



SIEMPRE, desde la más tierna infancia hemos sentido el aguijón de la lectura, acto que ocupa la mayor parte de nuestra existencia, el mayor tiempo disponible, después de cumplidos los deberes primordiales, cada día que transcurre, más acuciantes. Esta pasión por la lectura nos mueve, nos viene incitando —el término es orteguiano puro, ya que el original pensador trajo la palabra «incitaciones» a la lengua viva— a formular unas humildes consideraciones que trasladamos a los lectores.

La lectura—que atrae constantemente a los espíritus más cultivados—expresa la asociación de todas las actividades, el giro aparente de todo el espíritu humano.

Es la lectura el mejor medio de educar los sentidos y especialmente el alma, el más rico tesoro que el hombre posee.

La lectura tiene un gran valor como información. Es el mejor medio de enriquecimiento interior del hombre y lejos de ser pernicioso su ejemplo, como algunos han llegado a creer, es por el contrario muy beneficioso. Así lo sostiene el ático escritor catalán Carlos Soldevila en una exposición muy sugestiva.

La lectura deleita y conmueve para que—por el consorcio de las actividades psíquicas y mediante sobreexcitaciones cerebrales— se manifiesten concepciones artísticas.

La importancia de la lectura es transcendental. Abrió la senda del progreso y de la civilización. Por la lectura se han educado y se educan los mayores hombres que nos brinda la historia y el pueblo adquiere cuanto le es necesario en aras a su progreso.

«Leer no es solamente satisfacer la necesidad de ampliar conocimientos». Saber leer es reflexionar sobre lo leído, apropiarse del pensamiento ajeno, empleando el término en el sentido de comprensión e interpretación.

Amemos con gusto la lectura, renovémosla continuamente para el mejor cultivo espiritual, ya que, como ha dicho un periodista moderno, «saber leer, no es leer y leer no es lo mismo que amar la lectura. Saber leer es poco; leer por leer no es mucho; leer por gusto, con pasión, amar la lectura lo es todo, es casi la cultura perfectísima».

El arte de la lectura, muy extendido, se intensifica cada día más en